

disertan sobre sus implicaciones de lo que se niega apostillar como novela<sup>12</sup>. Es precisamente el desconcierto del lector confrontado con lo que dicen algunos constituir un nuevo género lo que la crítica señala como uno de los hilos conductores de las obras de Sebald traducidas hasta el momento. Se habla pues de Sebald como creador de un nuevo género argumentado como el producto de entreverar todos los géneros<sup>13</sup>, como autor de «falsas novelas», en palabras de Javier Marías; se habla de Sebald como representante de una forma de escribir, sin género específico, que se nutre de la mezcolanza, en absoluto nueva, de otros muchos «rastros anteriores»<sup>14</sup>; se reproduce la concepción sebaldiana de la novela como género artificial, de la fusión de lo ficcional e inesperado de la literatura basada en la vida real.

Como no cabe esperar de otro modo, el estilo se adecua al marco temático y formal de sus obras. Y es el estilo envolvente, complejo y dinámico de Sebald su seña de identidad, el reflejo de un autor consciente de su estatus de peregrino y de un narrador en constante movimiento, consciente de la vida como viaje, de la vida como literatura, de la literatura como viaje circular. Estilo pues acorde con el género y género acorde con el contenido. Mientras, la crítica, unánime se reproduce a sí misma en un juego endogámico en tanto que se esfuerza por promocionar la imagen de Sebald, por otra parte cierta, de autor «especial», al margen del vulgo mercantilizado, distinguido en su singularidad, revestido de su condición de antiguo, raro, huraño, elitista, y, por ende, endiosado a la categoría de Escritor, Autor, Artista<sup>15</sup>.

Obras, entonces, tanto formal como temáticamente acordes con el autor, autor acorde con sus obras, obras acordes con la imagen global que exporta el autor desarraigado y melancólico que remite a la imagen que el lector, igualmente exquisito y elitista, tiene de sí mismo, acorde con la imagen que Sebald le confirma. Literatura culta aderezada con los toques de crítica, inconformismo y melancolía lógica en quien reflexiona sobre el desarrollo de la civilización y la historia del ser humano, literatura que, en su sinceridad evidente, arrasa en un lector quien, en consecuencia, adulado por el escritor, es seducido por una obra envolvente por su estilo y por su forma, pues ante tales conteni-

<sup>12</sup> Robert Saladrigas: «El vertiginoso auge de Sebald», en *La Vanguardia*, 2/XI/01.

<sup>13</sup> Mauricio Bach: «Creador de un nuevo género», en *La Vanguardia*, 2/XI/01.

<sup>14</sup> Mercedes Monmany: «Paseos por el vértigo de la historia», en *ABC Cultural*, 24/XI/01.

<sup>15</sup> Véase entrevista realizada por Nuria Amat y en parte vertida de nuevo por Mauricio Bach, ambos ya citados. Véase también Mauricio Bach: «W. G. Sebald, un viaje por la civilización y la barbarie», en *Turia*, nº 59-60, pp. 19-27.

dos, ante la subjetividad de lo ficcional y la racionalidad categórica de lo real, de lo histórico, pierde su capacidad de juicio, sólo puede dejarse llevar por el placer hipnótico de escuchar historias, cientos de historias ensambladas, única reacción posible ante una prosa cautivadora, ante un autor que responde a lo que la literatura y el mercado literario necesitaban para su perfecto funcionamiento: literatura perfecta escrita por un autor perfecto para un público perfecto y perfectamente minoritario. Todo conforma un círculo cerrado del que el lector forma necesariamente parte.

Ante una literatura en crisis, cómo no, agudizada en los últimos tiempos, ante una novela varias veces asesinada y sepultada, Sebald rescata, redime al lector formado en obras clásicas, «más allá de las listas de éxitos»<sup>16</sup>. Por otro lado, el adjetivo «clásico», cuando menos en español, ha pasado a ser sinónimo de «bueno»; «clásico» es ahora un autor de buena calidad, perdiendo así toda referencia de marca de contextualización de una obra. Como fruto del deseo de inmortalidad, «clásico» se equipara no ya al autor «bueno», sino «importante». Importante para qué, puede preguntarse el crítico. Llevamos ya un tiempo advirtiendo el paso de autor u obra «importante» a «esencial», «imprescindible». De nuevo asistimos a la funcionalidad de la cultura, de la literatura, del placer de la lectura. Con Sebald estos términos no funcionan.

Con el uso de éste y otros términos, con la confrontación o contraposición pretendida y hallada de Sebald a lo «normal» transformado en «vulgar», esto es, a lo que vende, a lo que se compra, Sebald se convierte en el redentor de la novela. De ahí los nombres de los consagrados, la pequeña lista de canonizados en lengua alemana en los que se quiere saber a Sebald como un eslabón más. El nombre de Sebald no puede ni debe vincularse a Paulo Coelho pero sí a Robert Walser, a Kafka, a Musil, a Bernhard. Más aún, «Sebald» conduce a la disolución de los límites entre realidad y ficción, a la confusión de los términos autor-narrador. Si bien es cierto que Max, la persona, denegó entrevistas, saraos literarios, etc., no logró evitar el interrogante que también se plantearon los críticos: «¿quién hay detrás de estas obras deslumbrantes?», así como tampoco pudo sortear el interés de los medios por el cambio editorial, resultado de una maniobra de trascendencia internacional a manos del superagente Andrew Wylie, «el chacal».

<sup>16</sup> Mercedes Monmany: «Paseos por el vértigo de la historia», *ob. cit.*

Así, los medios confirmaron ya antes de la publicación de *Vértigo* el cambio de editorial<sup>17</sup>, que se efectuó pese a las dificultades que dicho cambio conlleva. En 1996, Sebald «coge» un agente literario, por lo que la venta de los derechos de traducción de *Los anillos de Saturno* se traduce en «más dinero, más cláusulas restrictivas, pequeñas pegadas, pero todo dentro de lo normal». Con el éxito, con la fama, sucedió lo «esperable», en palabras de Bértolo, «sobre todo si el (...) agente tiene vocación depredadora»<sup>18</sup>. *Los anillos de Saturno* había canonizado a Sebald tanto en España como a escala internacional, y publicar *Vértigo*, publicar a un autor cuando menos extraño, inusual, poco fácil, se tornó de empresa arriesgada, con tintes de hazaña a la usanza del clásico editor idealista, en vías de extinción, en privilegio otorgado por un vasallo. Durante los meses previos a la aparición de *Vértigo*, en noviembre de 2001, al mismo tiempo que a Debate se le pedía su mejor oferta, Wylie ofrecía *Austerlitz* a otros editores, porque «el autor quiere cambiar de editorial». Constantino Bértolo escribe a Sebald y éste responde «que siente mucho lo sucedido, que estas cosas pasan, que está muy preocupado, muy agradecido»<sup>19</sup>. Privilegio auspiciado y concedido por un agente que impone nueva editorial y nuevo traductor.

Meses más tarde<sup>20</sup>, Sebald murió en aquel accidente de tráfico que vendría a dotar su muerte y sus escritos de contenido simbólico y a corroborar su imagen de autor excepcional: murió después de haber publicado en Alemania la que se calificaría como su mejor novela, *Austerlitz*, con lo que su muerte, desde el punto de vista de Rodrigo Fresán, «consigue un perfecto destilado entre trama, historia, recuerdo y amnesia, a la vez que obliga a pensar en todo lo que pudo haber sido y no será y que, por omisión, hace pensar a Sebald todavía más grande a partir de una muerte en la plenitud de sus poderes. Un genio del *marketing* no hubiera podido producir un mejor producto»<sup>21</sup>. El 17 de diciembre de 2001 los periódicos refieren la muerte de quien, resaltan, se había convertido en un serio aspirante al premio Nobel y cuya «obra magna» estaba siendo traducida<sup>22</sup>.

<sup>17</sup> Véanse los artículos de Mauricio Bach, ya citado, y sobre todo el artículo escrito por Constantino Bértolo, director de Debate, «Encuentros y desencuentros en el mundo editorial» publicado en *La Vanguardia*, 2/XI/01, y de nuevo, antes de la publicación de *Austerlitz*, en el diario ABC, 14/9/2002.

<sup>18</sup> Bértolo, *ibidem*.

<sup>19</sup> Constantino Bértolo en entrevista mantenida el 23 de septiembre de 2003 en la editorial Debate.

<sup>20</sup> El 14 de diciembre de 2001.

<sup>21</sup> Rodrigo Fresán en: «El caso Sebald», en *Letras Libres*, julio 2003.

<sup>22</sup> *Ciro Krauthausen*: «El escritor alemán W.G. Sebald fallece en un accidente de coche», cuyo subtítulo ya reza «La obra del autor de *Austerlitz* está marcada por el desarraigo». *El País*, 17/XI/01.